

ácia ella, para darle su última bendicion. Un grito doloroso se arrancó de lo íntimo del corazón de esta hija amorosa. Bañada en lágrimas, se prosternó delante del lecho maternal; y quitando entonces la Marquesa de su cuello una Cruz de cristal de roca, que pasó al de la Duquesa, le dijo con la mayor ternura: „Hija mia: „esta preciosa y sagrada prenda me conserve „siempre en tu memorial! ¡Que inseparable, en „lo futuro, de mi recuerdo, se una en tu corazón la Religion á la piedad filial, para dulcificar la amargura de tu sentimiento!” Al pronunciar la Marquesa estas palabras, se reclinó apaciblemente en los trémulos brazos que le estendia su hija. ¡Estaba preparada la virtud para recibir su corona, que reposaba en el seno de la inocencia!..... Su descanso fué eterno.... La Marquesa exhaló el último suspiro.

Madama de Themine sacó á su amiga de esta casa de dolor y duelo, y la condujo á su castillo. Pasados algunos dias recibió la Duquesa, por primera vez, una carta del Marqués de Bragelone, en que le declaró su amor; la que contestó la Condesa en su nombre. El quedó satisfecho de la respuesta: se le dejaba esperanza, pues no negarla era darsela. La Duquesa no po-

dia olvidar que su madre habia autorizado los sentimientos del Marqués; pero hallándose su corazón enteramente libre, no estaba aun decidida á formar un empeño tan solemne, ó al menos se prometia pasar algunos años sin pensar en el asunto seriamente.

Despues de tres ó cuatro meses que pasó llorando á su madre, se vió obligada á ir á la Corte, para ocupar la plaza que se le habia conseguido de camarista; y la condesa de Themine, consecuente á su promesa, dispuso todo para acompañarla. La víspera de la partida quiso visitar por última vez el castillo, adonde no habia vuelto desde la muerte de su madre; y experimentó toda la amargura de su primera situacion, encontrándose en esta vasta casa, que solo habitaban dos ó tres criados llenos de dolor. Aquí es, decia ella á su amiga, donde se han pasado los apacibles dias de mi infancia, y mi primera juventud. Aquí he vivido bajo la custodia maternal, sin la mas pequeña inquietud. ¿Como no habia de haber seguido mis deberes? La voz misma de la virtud me los dictaba: la ternura y el reconocimiento, me los hacia amables; así jamás he debido temer las redes del vicio y de la maldad: aquí encontraba la paz inaltera-

ble, la dignidad, la felicidad: amaba, y era amada!.... Mas, ay! voy á entrar en un mundo que me es desconocido, donde no veré sino cosas indiferentes. Me será necesario someterme, no á la autoridad tan dulce y sagrada de una madre, sino á la que dá el rango y el poder. Obedecer cuando se ama, es solamente ceder á la inclinacion: para resistir es necesario un esfuerzo superior á sí mismo ¡Quién podrá oponerse á la razon y al sentimiento unidos? Pero, ¡cuán penoso es sujetarse á voluntades arbitrarias, y quizá caprichosas: depender, sin ser guiada: recibir órdenes absolutas, y sin tener el derecho de pedir consejos!.... Ah! mi cara Eudocia! yo no sé que temor vago y funesto obscurece para mí lo futuro! ¡Qué horrorosa se me presenta esta nueva carrera en que voy á entrar, ignorante, sin mentor, y sin amigos!.... (1)

---

(1) ¡Qué noble y prudente desconfianza es la de esta amable jóven; y qué contraste forma con la presuncion de las del dia, que viciando su corazon con la lectura de impios libros, y dando oídos á sus corruptores, gradúan de véjeces los saludables consejos de una madre amante y religiosa! Y ¡si con este cimiento profundo de una buena educacion no pudo preservarse la Duquesa de un tropiezo, qué deberán esperar las de este siglo!—*El Traductor.*

De este modo se producía la Duquesa, recorriendo, bañada en lágrimas, los aposentos desiertos del castillo: se detuvo en la cámara de su madre, y allí la sofocó su llanto. Al momento de entrar se prosternó delante del lecho, donde habia recibido el último suspiro de quien le dió el ser: delante de aquel tálamo nupcial, que colocado mas de un siglo en el mismo lugar, jamás fué profanado, viendo nacer y acabarse muchas generaciones. De allí pasó al gabinete donde dormía, y á su vista exclamó: oh, si pudiera gozar en otra parte el dulce reposo que aquí he gustado!.... En todas partes le hallareis, mi querida Luisa, porque habita donde está la inocencia! La inocencia? Sí: yo la conservaré. Ah, sin ella, cómo podría soportarse la vida!

Con aquel doloroso sentimiento que se experimenta al dejar la pátria, y que es mayor, segun las circunstancias del que lo sufre, abandonó la Duquesa el castillo de sus antepasados. Separándose de aquella soledad tan apreciable, depositaria de sus mas dulces recuerdos, le parecia que iba á desterrarse á una tierra extranjera. Cuando llegó al puente levadizo, sacó la cabeza por la puerta del coche, y dirigiendo la vista á la fachada de l castillo, pronunció estas

palabras: á Dios, venerable morada: á Dios, dulce seguridad: á Dios, tierna amistad, desinteresada y sin dobléz: á Dios, sinceridad, candor, verdad: á Dios, inestimables bienes, quedaos aquí, que yo os dejo, llevando conmigo temores muy fundados, sentimientos dolorosos, y tristes sentimientos!....

Al dia siguiente, despues de medio dia, partieron las dos amigas, y llegaron á dormir á Tours, en una grande y suntuosa posada, que llevaba el nombre del Rey. La Duquesa encontró sobre la chimenea de su cuarto una gazeta, que desdobló descuidadamente, y encontró un artículo que fijó su atencion: era el siguiente:

„Su M. está siempre en el campo de Dunkerque: el lunes último ha dado una prueba del valor, grandeza de alma, y bondad que le caracterizan. Pasando á caballo, solo con el conde de Noailles, observó que un soldado francés se defendia en medio de una porcion de soldados ingleses ébrios: (1) al momento acudió en socorro de su vasallo, para arrancarlo á la crueldad de estos insulares, que intentaban matarle. Ellos resistieron al Rey, porque no le co-

(1) Los ingleses entonces eran nuestros aliados.

„nocian, ni entendieron su idioma. Uno saca la espada y dirige el golpe al pecho de S. M. El conde de Noailles, iba á descargarle un tiro de pistola, el Rey lo impide, y con su arma quitó al inglés, con tanta serenidad como destreza. Al momento llegó un oficial inglés, que puso á los soldados en fuga, gritándoles: que era el Rey de Francia. El soldado francés á quien S. M. ha salvado la vida, exponiendo la suya, está muy herido, pero sin peligro. S. M. le dió con su propia mano una gratificacion, elogiando su valor (1).”

Este suceso tocó vivamente el corazon de la Duquesa. ¡Oh, decia, si viviese mi abuelo, qué dolor le causaria este rasgo heroico de bondad! Repetiria con razon, que nuestro Soberano es digno nieto de Henrique el Grande! Diciendo estas palabras, continuó la lectura de la gazeta. Al dia siguiente, por la mañana, bajó temprano á desayunarse, antes de continuar el camino; y entrando al salón donde Madama de Themine le esperaba, observó un retrato del Rey, adornado de pies á cabeza con todos los atributos

(1) Léase la vida del gran Conde por Mr. Desormeaux.

de la dignidad regia. Aunque este cuadro no era exquisito, pero sí hecho con agrado, y con bastante semejanza á su original. Hacia mucho tiempo que deseaba conocer las facciones del Rey: recordaba el artículo de la gazeta; y este unia á su curiosidad un interés mas vivo. Acercandose al cuadro, contempló, con una especie de alteracion, esta figura tan bella, tan magestuosa, y en todo el brillo de la juventud; pues el Rey solo contaba veinte y tres años. Inmóvil delante del retrato, olvidaba á Madama de Themine, y el desayuno: era la primera vez de su vida que fijaba sus ojos en el semblante de un hombre; pero no examinaba mas que la expresion de esta fisonomia llena de dulzura y dignidad: ella buscaba el alma de esta figura, y la suya creía encontrarla. El resto del viage nada ofrece de interesante. Llegaron á París á fin de cuaresma, ó en los primeros dias de semana santa. Madama de Themine debia entregar á su amiga á la Mariscala de Bellefonds, parienta de la madre de la Duquesa. Habian convenido, que antes de presentarse en la córte, pasase ocho dias en casa de la Mariscala, para que esta la instruyese en los preliminares de su empleo. La Mariscala acababa de entrar al conven-

to de Chaillot, con el objeto de pasar allí la semana santa y dias de pascua, segun la costumbre de aquel tiempo. Impuesta de la llegada de la Duquesa, le ofreció, si gustaba, recibirla en su compañía durante su retiro; y la mañana siguiente de su entrada en París, fué conducida por la Condesa de Themine á Chaillot, la presentó á la Mariscala, y despues de una tiernísima despedida, se volvió á su Provincia. Esta separacion dejó á la Duquesa en la mas profunda melancolia. Separábase de la única amiga que tenia en el mundo, la nueva madre, que era su mentor, que la consolaba y dulcificaba sus pesares.

La mariscala de Bellefonds, era de edad de treinta y cinco años; carecia de afabilidad y de talento; su corazon era poco sensible; sus maneras frias, y su tono repelente y lleno de sequedad. No pudiendo darle orgullo sus cualidades personales, fomentaban su vanidad el nacimiento y la fortuna. Los respetos debidos á su rango, los miraba como efecto de la suerte; y esta especie de error la preservaba de la envidia. Las distinciones concedidas en la córte, por la etiqueta, á las plazas y grandes empleos, parecen, en efecto, unas preferencias públicas, que deben satisfacer á aquellas personas que jamás

han conocido el hechizo de las preferencias que da la sociedad. Para la Mariscala seria una rareza apreciar mas ser distinguida en una pequeña concurrencia particular, que la gloria de serlo por los príncipes de la familia real en presencia de toda la córte. Con este modo de pensar y de sentir, no presentia que la persona mas amable pudiese tener sobre ella alguna ventaja. ¿En las fiestas públicas no era llamada por las Reinas, y colocada cerca de SS. MM., entretanto que la Señorita Sevigné quedaba confundida con la multitud?

La Mariscala recibió á la Duquesa con una política glacial: no manifestó siquiera, al mirarla, esta curiosidad natural, que se confunde con aquella especie de interés que inspira la primera vista de una persona jóven y recomendable. Este primer aspecto indiferente y vago, es mas desagradable que una primera vista fija y observadora. Mejor se sufre, sobre todo en la juventud, un exámen riguroso, que la apariencia del desprecio. El amor propio de la Duquesa no se ofendió con tal recibimiento; pero esta completa indiferencia lastimó su corazon: ella venia en busca de una protectriz, y encontraba con una fria extraña. La Mariscala solo hacia objeto de

sus observaciones á las Princesas, y señoras de un rango eminente; lo demás era á sus ojos una puerilidad. Sin embargo, no se podia acusarla de imperiosa, y mucho menos de excesiva en exigir respetos. Si trataba con superiores, ó iguales á su rango, hacia los honores debidos, sin pretender jamás agradar; y si con inferiores, no los observaba. Aunque su cámara estuviese concurrida de ellos, obraba como si se hallase sola, y con tanta libertad, como si no tuviera observadores; pero tampoco exigia nada de ellos. Las personas que miraba como subalternas, no pudiendo atraer su atencion, disfrutaban con ella de una entera libertad, siendo sus acciones y discursos sin la menor consecüencia, respecto de la Mariscala. En fin, ella era impertinente, de una manera tan profunda, y con tanta sencillez, que era mas para admirar, que para indignarse, por su modo, sus ideas, y su carácter que no daba que sufrir.

La Mariscala hizo con distraccion algunas preguntas á la Duquesa; pero no escuchó sus respuestas. En seguida, y por hacer el cumplido, le dió muchos consejos generales sobre el modo de conducirse en la córte; es decir, so-

bre la importancia de observar sus usos: ella omitió los detalles de estos, asegurándole gravemente, que solo el tiempo y un estudio continuado podian enseñar á conocerlos, limitándose á recomendarle, guardase un silencio absoluto por largo tiempo. La Duquesa se aprovechó al momento de este consejo, y entró en la mas profunda meditacion. La Mariscal, que trabajaba en su bastidor, y habia concluido su arenga, cesó de sostener la conversacion. Pasada una hora levantó los ojos por casualidad, y notó que la Duquesa aun se hallaba allí: sin admirarse de su taciturnidad, le propuso irian á hacer una visita á la Priora del convento; y la Duquesa, contenta de haber concluido semejante silencio, se dió prisa á complacerla. No habiendo dejado jamás el castillo de sus padres, se encontraba en el interior de un convento, por la primera vez de su vida. El silencio y la calma religiosa de esta casa, simpatizaban con su carácter; y la acogida llena de dulzura y bonbad, que le hicieron las religiosas, acabó de causarle una tierna emocion. Saliendo de la celda de la Priora, volvió á la iglesia, donde habia orado antes de entrar en el convento: tenia necesidad de descansar: y despues de haber estado media hora

en el templo, salió, pasando por un hermoso claustro, cuyos arcos sin rejas caían sobre un cementerio. En el centro de aquel se hallaba una fuente de mármol blanco, cuya agua pura y cristalina, cayendo sobre la yerba, serpenteaba dulcemente al rededor de los sepulcros. El movimiento de la honda y su murmurio, despertaba un no sé qué de sorpresa, en el asilo mudo de la muerte. Era cerca del anochecer, y la luz misteriosa de una brillante y clara luna, adornaba mas este cuadro melancólico. La Duquesa, paseando el cláustro lentamente, consideraba lo que se ofrecia á sus ojos con interés. Aquí es, decia, dulce el pensamiento de la muerte! Yo quiero meditar sobre estas tumbas. Ellas recuerdan la idea de una feliz inmortalidad!.... Las que reposan bajo estas piedras, se aseguraron, durante su vida, un reposo inalterable! Todas ellas tuvieron un destino uniforme. Ellas fijaron el incierto, el espantoso porvenir, haciendolo constante é invariable. En este respetable recinto nada está sujetó á la mudanza; todo es durable y eterno, como la virtud y la verdad. Aquí el tiempo se pasa sin sentirlo: no tiene vicisitudes; no produce accidentes imprevistos; ha perdido el poder de herir y sorprender. No infunde temor;

nos lleva al fin deseado; no trastorna inútiles proyectos, y realiza sublimes esperanzas.... Termina la existencia sin abreviar los destinos. Aquí la duracion de un dia, es la imágen de toda la vida. En cualquiera instante que llega la muerte, halla al que la sufre preparado: nada hay que no esté ya hecho: posee la ciencia que basta para llenar su suerte.... Con respecto á los mundanos, el tiempo homicida y fugitivo, lleva consigo una guadaña asesina, y sus alas; aquí se le representa bajo de muy nobles facciones: se le vé magestuoso, immutable: se le confunde con la eternidad!.... Mas ¿estas reflexiones me serán inútiles? ¿Las habré hecho sin ningun fruto? Yo me dirigia á la peligrosa morada, donde solo reina la vanidad, la agitacion y el tumulto; y la Providencia me conduce al modesto asilo de la páz!.... Tengo diez y ocho años: lo futuro aun es mio; así puedo disponer de ello á mi arbitrio, asegurarlo, conocerlo con anticipacion y muy menudamente. Si quiero, cesará de ser impenetrable para mí: yo puedo abrazarlo todo con una sola mirada. Lo veré en toda su extension, siempre tranquilo, puro y virtuoso!.... ¿Qué debilidad me hace titubear? ¿Qué sacrificio es el que hago? No de la amistad, ay de mí! sino de fri-

vola curiosidad. La muerte y la ausencia, me han separado para siempre de cuanto amaba! Lejos de sentir los placeres, que no podrian satisfacer mi corazon, me gozaré de no haber jamás conocido los que inspira el orgullo. ¿Se puede acaso gustarlos sin corromperse? Y, si se les desdeña, ¿cuán insoportable se nos hace el apremio de los usos del mundo, y la fuerza de la etiqueta!.... ¿Por qué, pues, hallandome al abrigo de los peligros y las tempestades, dejaré este puerto feliz, para embarcarme con temor, sin guia, sin ambicion, en una mar borrascosa?... Ah! Qué-dome aquí. Una voz divina me habla en secreto al corazon. Aquí eres llamada, me dice: ¿y resistiré á esta inspiracion súbita?... Mas, ¿y la voluntad de mi Madre?... Esta plaza que obtuvo para mí; el proyecto de casamiento que formó, ordenándome que reflexionase sobre él maduramente.... en fin, la admiracion que causaria á mi familia tan violenta resolucion? No nos precipitemos; y, aunque con pesar, meditemos largo tiempo este nuevo designio, antes de pensar en su ejecucion.

Fuertemente ocupada la Duquesa de esta idea, tuvo en aquella noche un sueño, cuya memoria conservó siempre, y dejó escrito en sus

cartas, muy pormenor (1). Soñó, que anegada en llanto, y huyendo un objeto peligroso, se refugiaba en una iglesia: no creyéndose aun allí segura, volvía inquietamente á su rededor la vista, y descubrió una tribuna: repentinamente se abre la reja de esta, aparece entre sombras una magestuosa figura, levanta una mano, le muestra un largo velo de brillante blancura, y al momento una voz celeste le hace oír estas palabras:—„Ocúltate bajo este velo: aquí encontrarás la páz y la seguridad.—” Despierta bañada en lágrimas: y aunque sus meditaciones anteriores podian naturalmente producir este sueño, su corazon se posee de él vivamente, lo mira como una profecia, y el mismo dia se ocupa en describirlo.

Despues de ocho ó diez dias, dejó la Mariscalca el convento, y condujo á S. Germán á la Duquesa. Esta se enterneció al separarse de las buenas religiosas, á quienes se habia aficionado. Un consejo, la mas pequeña persuasion, habria podido empeñarla á fijarse irrevocablemente entre ellas: el mundo entonces, hubiera llamado esta

(1) Véase la vida de Madama de la Valliere, que corre con el sermon pronunciado por el Illmo. Bossuet, el dia de su profesion.

accion locura; sin embargo, este partido valeroso hubiera ahorrado á la Duquesa diez años de desvios, de crueles sufrimientos y justos reproches.

En el camino de S. German experimentó inquietudes tanto mas penosas, quanto no se atrevia á confiarlas. La idea de su presentacion en la córte era horrorosa. Aunque se le hubiese elogiado mucho el talento y afabilidad de Madama (1), la temia en extremo. La jóven menos susceptible de coqueteria, y con menos experiencia, sabe siempre confusamente, que tiene que temer el juicio de su propio sexo. La Duquesa se representaba á Luis XIV. bajo las facciones mas magestuosas é imponentes; era muy vivo su deseo de verlo; sin embargo no le temia.

Llegaron á S. German; y despues del tocador mas largo que jamás habia hecho, fué presentada á Madama y á toda la familia real, á excepcion del Rey, que cazaba en Copiegne, y no volvía hasta dentro de dos dias por la tarde.

La Duquesa fué perfectamente recibida: las

(1) Madame, dicho en Francia, absolutamente es título de la hija primogenita del Rey, ó de la esposa de su hermano mayor; así como á este se le dice solo Monsieur.

reinas y princesas le hicieron una acogida que la encantó: llegó en un momento favorable. El Rey estaba ausente, faltaban asuntos domésticos que fuesen objeto de la conversacion; y la llegada de una jóven de encantadora figura y la mas tímida modestia, lo fué generalmente, pudiendo por esta sola causa adquirirse la comun benevolencia. En la corte, la timidez en las personas de edad madura parece efecto de simulacion y siniestro manejo; pero en la juventud es apreciable. Los príncipes mas afables gustan de ser imponentes; y se lisongean en secreto del embarazo que inspiran al que les habla. No hay uno, que tratando de excitar confianza, cuando conoce la cortedad del que se le presenta, deje de hacer ver en su semblante una dulce y graciosa sonrisa; mas este declara una superioridad tan prodigiosa, y profundamente sentida.... En fin, el orgullo en la córte, despojado de formas repelentes, que le son naturales, sabe adornarse de las facciones mas amables. Comunmente se muestra bajo el aspecto de la indulgencia y dulzura, y así solo un largo uso puede discernirlo.

La Duquesa quedó muy prèndada de Madama. En efecto, Henriqueta de Inglaterra era

una de las personas mas distinguidas de esta brillante córte. Tenia un cierto resplandor, efecto de su tersura y belleza; una gracia seductora en sus maneras: siempre alegre, y franca; y aunque esta última cualidad tan preciosa, puede tener grandes inconvenientes en las personas de un rango superior, jamás ocasionó la indiscrecion en Madama. Muger ninguna supo mejor guardar un secreto; pero tampoco ha habido princesa que disimule menos la aversion ó el enfado. Tal sinceridad hace á una persona desigual; el voto de los importunos é ignorantes la condena en este punto, y aun el de los prudentes; porque una verdadera bondad hará soportar sin esfuerzo las cosas que causan tan mal humor á los que no tienen esta perfeccion de carácter. Madama pasaba por tener un gran fondo de modestia, y por amante de la verdad. Hablaba ingenuamente de sus defectos, convenia en sus faltas llena de buena fé; mas hasta esta época nada habia podido lastimar su vanidad: generalmente admirada, rodeada de adoradores entusiastas, gozaba un suceso el mas glorioso, poseia la amistad y confianza del Rey. Todo el mundo hacia justicia á la pureza de este trato íntimo, al que el Rey parece se complacia en dar

todo su brillo por la galanteria mas amable. Pero se conocía la inclinacion de Madama al Conde de Guiche, y al mismo tiempo se veía que el Rey, lejos de ser zeloso, concedia al Conde todas las distinciones del favor. Sin embargo, solia decirle á Madama, que la especie de sentimiento, y la admiracion apasionada que S. M. tenia por ella, la preservarian para siempre de una union verdadera á otro objeto: ella lo creia, y esta ilusion la lisongeaba muy vivamente, para que pudiese perderla sin un violento despecho. El amor propio de los príncipes amables y espirituales, á quienes todo es próspero, no puede resentirse, ni aun ser visible: nuestra vanidad no importuna á los demas, sino cuando está inquieta: su perfecta seguridad puede confundirse con la modestia. ¿Cómo se hará sentir, cuando está perfectamente satisfecha, y nada hay que le sea disputado? Madama animaba á sus amigos á no disfrazarle sus imperfecciones: las conocia ella misma; pero ignoraba los inconvenientes que se seguían, y las consecuencias que de ellas nacia. ¡Tantas veces se repite á los príncipes que sus defectos tienen un no sé qué de atractivo; y ellos cuasi lo creen de buena fé!... Sus confesiones, en esta materia, son

de muy poco mérito, y la verdad que sobre ello se les dice; es de ningun peligro. Madama, con el tono y las expresiones de su pretendida modestia, queria obtener en todo públicas preferencias: no conocia que esta pretension era un deseo ardiente inspirado por el orgullo; y habia llegado á persuadirse, que todo se le debía de derecho.

Trasportada la Duquesa sobre un teatro tan brillante y tan desconocido para ella, se hizo remarkable, no solo por las gracias de su figura, sino por el aire de melancolia repartido sobre toda su persona, que hacia mas interesante el luto que aun cargaba: el sentimiento de la muerte de su madre, y su tristeza interior, en lugar de debilitarse se habian exaltado, desde que habitaba la córte. El dolor puede encontrar alguna distraccion en una cierta novedad de objetos, cuando están en armonia con él; pero tambien se irrita por los contrastes. A la Duquesa no le causaba ninguna ilusion la benevolencia que se le manifestaba, cuando se ocupó tanto de la que le mostraron las reclusas de Chaillot. Hay mucha semejanza entre los solitarios, y los afligidos. La alegria tan viva que veía á su rededor, le hacia sentir cuan extraña